

Miguel Hernández en Extremadura: confrontación vital

INTRODUCCIÓN

La estancia de Miguel Hernández en Extremadura se realiza en un período breve de tiempo de apenas unos días, por lo que un estudio acotado a dicha estancia no aportaría una imagen real del poeta, sino más bien una colección de datos que en su mayoría podrían resultar intrascendentes. El objetivo de estas páginas no ha sido otro que el de dar una visión aproximada de las circunstancias vitales que de alguna forma determinaron, a mi entender, al Miguel Hernández, poeta y miliciano, que nos encontramos en nuestra tierra, para, y una vez hecho esto, detenerme en relatar esa estancia.

SITUACIÓN EN EL TIEMPO

Nos encontramos en junio de 1937, en plena guerra civil. Las tropas republicanas han planeado abrir una ofensiva en Extremadura por la zona de Mérida, con el objeto de dividir en dos el territorio enemigo y aprovechando la debilidad de recursos de los nacionales en esta región. Si embargo, la idea se rechaza, abriéndose nuevos frentes, que fracasarán, en Huesca y Segovia, y que no tienen otro objetivo que el

de desviar el fuego del ejército de Franco que se encuentran en plena campaña vasca, asediando Bilbao.

Miguel Hernández se encuentra en La Brigada Móvil de Choque, en calidad de Comisario de Cultura, cargo que consigue por la intercesión del poeta Emilio Prados, siendo destinado al Altavoz del Frente Sur, destino que le permite escribir casi todo el tiempo: Jaén, Alicante, Valencia, Madrid, Jaén de nuevo y desde allí a Extremadura.

Hace tres meses escasos que se ha casado, pero su mujer, Josefina Manresa, ha tenido que volver a sus tierras alicantinas al fallecer su madre, y desde entonces deberá dedicarse al cuidado de sus hermanas pequeñas, tan repentinamente huérfanas. Por eso en las mentes del joven matrimonio debe existir una mezcla de alegrías y penas un tanto peculiar, por un lado han conseguido casarse y ella está ya embarazada, sin embargo qué envoltorio más trágico para tan dulces días.

Para conocer al Miguel Hernández que nos encontramos en Extremadura, hemos de conocer, siquiera a grandes rasgos al Miguel Hernández de antes de la Guerra, ya que uno condiciona al otro.

Hacer una biografía de Miguel Hernández es hablar del antes y del después de la guerra civil, es hablar del poeta autodidacta que trata de abrirse camino, con sus versos en los bolsillos, desde una adolescencia rural en una tierra en donde según palabras de Lorca: «se estaba haciendo la mejor poesía de Europa», donde iban a coincidir tres generaciones poética de excepcional valía: la del 98, con Antonio Machado aún vivo, la del 27 con sus integrantes en plena eferescencia, y la del 36 a la que pertenecería Miguel. Pero también es hablar de un poeta absolutamente comprometido con la República, en una época en la que comprometerse, y más de la manera en que él lo hizo significa un grave riesgo personal.

Es por tanto la biografía de Miguel, y aún considerando su corta existencia, de una alta jugosidad, de hecho el resultado de fusionar la vida y obra de Miguel Hernández dota a esta última de una pasión poco común, de una pasión que avasalla, que inflama y que emociona.

Hacer una reseña biográfica de cualquier gran escritor y no caer en los tópicos de genialidad culta no deja de ser una tarea difícil, sin embargo, he intentado alejarme de los clichés del poeta incomprendido, y he tratado que mi admiración no traicionase ese objetivo.

Miguel nace en 1910, en la localidad alicantina de Orihuela, por tanto cuando está en Extremadura tiene veintiséis años, cerca ya de cumplir los veintisiete. Era hijo de un pequeño tratante de cabras, circunstancia ésta que determinó una de las características más singulares de su persona: la de ser pastor. Era lógico que en ella época, y en un pequeño pueblo el hijo ayudara al padre en las tareas cotidianas, y Miguel Hernández fue, en efecto, durante algunos años pastor, o quizás lo fue toda su vida, para bien o para mal. El hecho es que nunca ocultó sus orígenes, ni aún cuando buscaba abrirse camino por el Madrid de la Gloria, más bien todo lo contrario: solía firmar como Miguel el pastor, y es posible que incluso se aprovechara del toque de exotismo y simpatía que producía su peculiar forma de vestir, de hablar, y de expresarse; aunque hubiera algunos, como es el caso de Lorca o Cernuda, a quienes les produciría verdadera alergia aquella imagen de poeta disfrazado de campesino. También se prestó por ello a numerosas fabulaciones sobre su vida, la mayoría de ellas falsas. Por ejemplo, al morir, según cuenta Luis Cernuda, se elaboró en el Reino Unido una elogiosa nota informativa sobre la vida y obra de Miguel Hernández en donde se decía que era un pastor analfabeto, que al principio de la guerra abandonó su ganado y tomó su fusil, comenzando al mismo tiempo a componer baladas populares.

Pero esto no era cierto, Miguel estuvo en la escuela hasta los quince años, y no sólo no fue analfabeto sino que nunca, pese a las dificultades, dejó de leer, estudiar y ejercer de autodidacta. Su interés por la literatura y, en concreto, por la poesía se debió producir por esta época, al entrar en contacto con una serie de amigos (los hermanos Fenoll, y los hermanos Sijé) de marcadas inquietudes culturales, y con los que emprende una serie de actividades de carácter literario.

Según se cree, las primeras lecturas que hizo Miguel, debieron ser, necesariamente, la de los clásicos, incluido Gabriel y Galán, pero sobre todo de los poetas del XVII, dejándose empapar del barroquismo de Góngora, cuya influencia será evidente durante todo su primer período poético.

La influencia de aquel grupo de amigos tuvo en la personalidad de Miguel Hernández no es fácil de cuantificar, pero es seguro que a través

de ellos, de su fuerza de voluntad, de sus lecturas y de un constante aprendizaje Miguel comenzó a elevar su estatura poética, y ya a los veinte años era conocido por ello, siquiera en su pueblo.

De ellos parte la idea de fundar un grupo poético al que llamaron Silbo, así como también la creación de la revista *El Gallo Crisis* en la que sobre todo se involucró la figura y personalidad de Ramón Sijé, que aunque tres años más joven que Miguel ejercía sobre él, y sobre el resto del grupo una auténtica influencia. No cabe duda de que la personalidad de Ramón Sijé era arrolladora, téngase en cuenta que a los dieciséis años era director de la revista *Voluntad* que se realia en Orihuela, y colaboró desde muy joven en diarios tan importantes como *El Sol*, o en revistas de la importancia de *Cruz y Raya*, era conferenciante, escritor, fundador de la revista *El Gallo Crisis...*, unánime a ello que murió con apenas veintitrés años y sacarán una idea aproximada de su figura. Miguel y Ramón Sijé fueron compañeros del alma, y lo fueron siempre a pesar de que sus caminos les fuesen distanciando. A la muerte de Ramón Sijé ocurrida el 24 de diciembre de 1935 dedica Miguel uno de los poemas más recordados y bellos de la poesía española: *La elegía a Ramón Sijé*, que publicará días después en la *Revista de Occidente*, y en donde también se vislumbra el dolor por ese distanciamiento final que les impidió hablar de tantas cosas.

En 1931 Miguel, decididamente entregado a su vocación poética, se traslada a Madrid en busca de la gloria, como años antes había hecho Bécquer desde Sevilla. Y como a éste último Madrid le supone fracaso y hambre, regresando seis meses después a su pueblo y a sus cabras, decepcionado pero no vencido. Sería ya en 1933 cuando publique su primer libro: *Perito en lunas*, publicado en una colección denominada «Sudeste» que editaba el periódico *La Verdad*, de Murcia, y con el que esperaba sacarse la espina que le supuso su fracaso madrileño, sin embargo, y, a pesar de todo, pasará sin pena ni gloria. Ese mismo año se produce otro suceso que yo considero necesario comentar para comprender mejor la obra literaria de Miguel Hernández, y es el encuentro con Federico García Lorca.

Federico se encontraba ya en la cima de su carrera, tanto poética como teatral. Su fama trascendía las fronteras de España, y no es de extrañar, por tanto, que el joven Miguel se encontrase fascinado ante su presencia, y más aún reconfortado ante la buena impresión que la lectu-

ra de Lorca de su recién parido *Perito en lunas* causó. Esta temprana atracción que la figura ejerce sobre él, se dejará traducir posteriormente en su producción teatral. Él era el Lorca de los grandes triunfos en el teatros, el Lorca que juega con dibujos célebres, el Lorca que fascina y que marca el camino del triunfo. Y Miguel trata entonces, simplemente, de imitarle. Pero entre uno y otro existen ciertas diferencias que impiden profundizar en esta amistad. Federico es, por esta época, y como ya he dicho, una celebridad mientras que Miguel no es sino una joven promesa de la poesía, es normal que aunque se admirasen mutuamente lo hicieran en la medida en que ambos estaban considerados entonces; además Federico es refinado y procede de una familia acomodada, mientras que Miguel es mucho más rudo, más pastor.

Como ejemplo fijémonos en el detalle de la carta que Miguel Hernández manda a Lorca, y en el que muestra su pesar ante el silencio con que ha sido acogido su *Perito en lunas*:

«... Perdone, pero se ha quedado todo: prensa, poetas, amigos, tan silenciosos ante mi libro —tan alabado, no mentirosamente por usted la tarde aquella murciana—, que he maldecido las putas horas y malas en que dí a leer un verso a nadie. Usted sabe bien que en este libro mío hay cosas que se superan difícilmente y que es un libro de formas resucitadas, renovadas, que es un primer libro y encierra en sus entrañas más personalidad, más valentía, más cojones que todos los de casi todos los poetas consagrados, a los que si se les quitara la firma se les confundiría la voz...».

A esta carta le suceden otras en la misma dirección. Lorca, agobiado, tal vez, por la insistencia y rusticidad de Miguel se limitó a salir del paso con unos meros cumplidos: «Tu libro está en mi silencio, como todos los primeros libros, como mi primer libro que tanto encanto y tanta fuerza tenía. Escribe, lee, estudia, lucha. No seas vanidoso de tu obra. Tu libro es fuerte, tiene muchas cosas de interés y revela a los buenos ojos pasión de hombre, pero no tiene más cojones como tú dices que los de casi todos los poetas consagrados. Cálmate. Los libros de poesía caminan muy lentamente». Pero a Miguel eso no le consolaba.

Y el fracaso que obtuvo *Perito en Lunas*, en el que tanto esfuerzo y esperanza depositó, predispuso a Miguel a una nueva disponibilidad estética e ideológica y un aumento de la influencia de Ramón Sijé que

motivó un acentuado impulso religioso. Es por esta época cuando Miguel nos sorprende escribiendo nada menos que un auto sacramental titulado *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, sorprendente, no sólo por ser algo exótico sino por ser abiertamente católico en plena república. Años después, y ya en su peregrinar de cárcel en cárcel, este auto sacramental será utilizado por Pablo Neruda para convencer a un cardenal amigo de Franco de la inocencia de Miguel Hernández, paradójicamente la trama consiguió el efecto buscado y Miguel sería puesto en libertad, aunque a la postre resultara una libertad efímera.

Sus incursiones en el teatro serán continuas a partir de entonces, sin embargo, Miguel era mucho mejor poeta que dramaturgo, y sus obras, con alguna excepción, no contaron con el apoyo ni de la crítica ni del público.

En 1935, publicado el auto, Miguel realiza una serie de viajes a Madrid, que por esta época era un hervidero cultural, esta vez con mejor éxito. Participa en las tertulias de la revista *Cruz y Raya*, en donde conoce a personas influyentes como es el caso de José María Cossío, que le contrata como colaborador de su enciclopedia *Los Toros*, sumergiéndose poco a poco en los ambientes culturales de la capital, y adquiriendo nuevas amistades: Rafael Alberti, María Zambrano, Luis Rosales, Gerardo Diego, Bergamín, Gómez de la Serna... pero sobre todo Pablo Neruda y Vicente Aleixandre con quien comienza una relación que será extremadamente provechosa y trascendental, tanto en el plano poético como en el personal, a través de ellos se distancia del clasicismo, asimila las técnicas del verso libre, toma una nueva concepción de la vida, la sociedad, la religión. Toda la ideología que arrastraba de su mundo conservador se desdibuja, halla nuevas formas de expresión, nuevos conceptos:

*«... Me libré de los templos: sonreí dme,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los Sagrarios...».*

Esta ruptura, esta revolución interna, le lleva a distanciarse de su pasado, a alejarse de sus primeras amistades (que se lo reprochan), e incluso a romper las relaciones con quien más tarde sería su mujer. Consecuencia de todo ello: melancolía, tristeza, desconcierto, desa-

mor y poesía. Poesía de amor con presentimiento de muerte: *El rayo que no cesa*:

*«Umbrío por la pena, casi bruno
porque la pena tizna cuando estalla
donde y no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.
Pena con pena y pena desayuno
pena es mi paz y pena mi batalla
perro que ni me deja ni se calla
siempre a su dueño fiel pero importuno.
Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno
no podrá con la pena mi persona
rodeada de penas y de cardos
cuanto penar para morirse uno».*

Con *El Rayo que no cesa*, Miguel se consagrará como poeta, considerándose, junto con el *Abril* de Luis Rosales, dos de los libros más significativos, sino los que más, de lo que se denominaría generación del 36. Con él, Miguel culmina su período prerrevolucionario. La publicación en 1936 de *El Rayo que no cesa* dejó a Miguel las manos libres para estar a la altura de las trágicas circunstancias que se avecinaban, con una poesía renovada y a punto, en la que la técnica metafórica y barroca de sus comienzos se enriquece con los versos de Aleixandre o Neruda. A partir de aquí la situación política va a influir sobremanera, ya no sólo en la forma de escribir, sino y sobre todo, en el contenido y objeto de su mensaje. Cabe mencionar también en este punto la influencia del poeta argentino Raúl González Tuñón tendrá en la labor posterior de Miguel Hernández, al exponer la doble función de la poesía, en épocas de ruptura, transición o revolución.

Sus aguas interiores, mientras tanto, comienzan a calmarse: se reconcilia con Josefina que había sido y será uno de los principales motivos de su poesía, y además las buenas críticas que recibe su libro le anima a seguir adelante, parece como si la moneda de la suerte jugase ahora a su favor. Mientras tanto la situación en España es cada vez más tensa.

Sus orígenes humildes, sus nuevas amistades, su nueva ideología, su juventud impulsiva. Y la guerra que estalla tanto fuera como dentro de él.

Machado proclama: «Ante esta contienda el intelectual no puede inhibirse. Su mundo está en peligro. Ha de combatir, ser miliciano, junto al pueblo ha de estar el intelectual».

Miguel está plenamente convencido de ello, sabe cual ha de ser su papel. Ha publicado ya la obra de teatro *Los Hijos de la Piedra*, basada en la revolución de Asturias y se dispone a alistarse como voluntario al frente, no obstante esperó a que la situación se aclarase (o mejor dicho se oscureciese) para hacerlo, pues su verdadero deseo no era otro que el de casarse y volver a su tierra. Surge ahora un nuevo Miguel Hernández, un poeta político, revolucionario, social. Él mismo dice: «Todo teatro, toda poesía, toda arte, ha de ser hoy más que nunca, un arma de guerra». Un arma cargada de futuro y cuyo fin no es lograr una poesía perfecta, ni siquiera correcta, sino una poesía que responda a la autenticidad humana frente a la guerra. (Recuerde el lector en este punto el famoso poema de Gabriel Celaya *La poesía es un arma cargada de futuro*.)

Pero la guerra además de apasionamiento era sobre todo muerte y tragedia, y no tarda en mostrar su verdadero rostro. Apenas un mes después del alzamiento el padre de su novia, que era Guardia Civil, es asesinado por los republicanos, dejando poco menos que desamparada a su familia, y sólo una semana después matan en Granada a Federico García Lorca.

La Guerra Civil la perdieron los poetas, decía la canción, y es que de manera directa o indirecta la guerra recibe su cruel tributo y se encarga de arrebatar la vida de tres poetas, que curiosamente representaban la punta de lanza de cada una de sus respectivas generaciones: Antonio Machado del 98, García Lorca del 27 y Miguel Hernández del 36.

La muerte de Lorca, tan repentina y trágica, conmociona a toda la España republicana y a la opinión pública mundial. Lorca, a diferencia de Miguel, fue prudente durante todo el tiempo, sin apenas manifestaciones en uno u otro sentido por temor a malas interpretaciones, aunque con simpatías republicanas. Miguel, sin embargo, con veinte años

era presidente de las juventudes socialistas de Orihuela. En Lorca influyeron otras circunstancias, en primer lugar temeroso de la muerte y amparado en su condición pacífica se refugia en Granada, sin reparar que, en aquellas circunstancias, cuanto mayor era la ciudad más fácilmente pasaría desapercibido. Pero en Granada se ha granjeado muchos enemigos, la burguesía granadina, a la que él había calificado como la peor de España, le vuelve la espalda y ese mirar hacia otro lado le supondrá la muerte, sin que valga para nada su trayectoria ni la ayuda de sus influyentes amistades.

Miguel Hernández junto con otras voces (Machado, Alberti, Neruda...) dedica una elegía a la muerte de Lorca, que es quizá el primer poema que le inspiró la guerra y en el que expresa no sólo su conmoción personal, sino la conmoción de la naturaleza ante su muerte.

*«Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.
Oigo pueblo de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellinos de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.»*

Como ya dije Miguel se alista en la Milicia como Voluntario, siendo destinado en primer lugar al 5.º Regimiento en donde se dedica a abrir franjas y a construir parapetos. Al poco tiempo se le asigna un cargo mucho más apropiado a sus características: el de comisario de Cultura. Desde este puesto Miguel tiene el tiempo y el dinero necesario para dedicarse por completo a su actividad literaria. Se vuelca entonces en la realización de su poesía bélica, recita en el frente y en la retaguardia, organiza representaciones teatrales, da charlas a los soldados, participa en revistas de agitación o culturales, empieza a nacer su libro *Vientos del Pueblo*, que aparecerá en 1937. «Los poetas —dice—, somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas».

Las numerosas actividades de Miguel Hernández como comisario de Cultura en destinos como el «Frente Sur» o «El Altavoz del Frente» (a donde es destinado cuatro meses antes de venir a Extremadura) le impulsan a intensificar de igual forma su producción prosista, a través de una serie de reportajes y propagandas de combate y trincheras más destinados al consumo interno del bando republicano que a su proyección externa: Texto como «Defensa de Madrid», «El deber del campesinado», «Carta abierta al campesino», o, «Para ganar la guerra», reflejan el propósito de su labor como intelectual comprometido, que el mismo describiría como:

«Alentar a las tropas con palabras que le lleguen rápidas, servir de relevo épico del sentimiento de sus compañeros, expresando no sólo su estado de ánimo sino también, y sobre todo, sus anhelos, sus ilusiones y sus esperanzas. Incluidas las de aquellos que todavía no había aprendido a leer y a escribir».

Bajo esta frenética labor se traslada en marzo del 37 a Jaén, iniciándose su colaboración en el periódico *Frente Sur*. También allí contrae matrimonio civil con Josefina Manresa, en una ceremonia casi precipitada, y nada ostentosa. La luna de miel en las trincheras, y el tiempo que estuvieron juntos, apenas cuarenta días, sólo un toque de color en un matrimonio que al atardecer sería de distancias, tristeza y cárcel.

Al morir la madre de Josefina ella debe volver a su pueblo para cuidar de sus hermanas más pequeñas, que en apenas un año han quedado huérfanas de padre y madre. Las cartas que entre el joven matrimonio se suceden nos permiten fijar la cronología de los desplazamientos de Miguel Hernández por el Frente Sur. Precisamente en una de ellas fechada el 7 de mayo del 37, anuncia Miguel su viaje a Extremadura ya que el Altavoz del Frente en donde está destinado se va a trasladar allí.

EXTREMADURA

En concreto a la localidad de Castuera, que aunque en territorio republicano, se encuentra muy cerca de las líneas nacionales. La primera carta que Miguel envía desde Castuera se fecha el 14 de junio del 37,

aunque no es esa la primera vez que pisa Extremadura. Su destino como responsable de cultura del Altavoz del Frente le supone gran movilidad dentro del territorio republicano y ya a finales de marzo se le sitúa siquiera brevemente en Castuera. Con él se ha trasladado casi todo el Altavoz del Frente incluidos los encargados del cine y la emisora. Una vez en Castuera su labor se desarrolla en la forma habitual, esto es, en las zonas de retaguardia y trincheras se realizará una labor de información, enseñanza, agitación y propaganda, ejerciendo sobre los combatientes una constante influencia a fin de que en ningún instante pierdan la noción de la causa que combaten. Por otro lado se instalan altavoces dirigidos hacia las líneas enemigas para hacerse oír por los adversarios, emitiendo propaganda y poemas bélicos, usando una vez más la poesía como una sutil arma de lucha, que trata de convencer a los campesinos para cambiarse de bando. Como ejemplo citaré el poema *Campesino del pueblo* y que precisamente publicó en Extremadura

*Calabozos y hierros
calabozos y cárceles,
desventuras, presidios,
atropellos y hambres,
eso estás defendiendo,
no otra cosa más grande.*

*Campesino, despierta,
español, que no es tarde.
A este lado de España
esperamos que pases:
que tu tierra y tu cuerpo
la invasión no se trague.*

Con la llegada del Altavoz del Frente a Extremadura se comienza a editar el periódico *Frente extremeño*, que con una periodicidad de dos veces por semana, se publicará entre el 20 de junio y el 25 de julio de 1937, y cuyo objetivo, según se explicaba en el primer número, sería el de servir de tribuna de todos los antifascistas de la región, y en cuyas columnas se reflejará la situación general de la guerra.

Frente extremeño, a pesar de ser publicado en todos sus números como periódico del Altavoz del Frente en Extremadura era considerado

por otras publicaciones como un periódico comunista, en cuya redacción participó Miguel Hernández. En él publicará los poemas *Vientos del Pueblo* y el anteriormente citado *Campesinos de España*. El hecho de que la mayoría de los artículos aparecerán sin firma nos impiden saber con certeza si la pluma de Miguel está tras de alguno de ellos.

No hay que dejar atrás las composiciones en prosa que durante esta época realiza Miguel Hernández, bien bajo ese nombre o bien bajo el seudónimo de Antonio López, y que si bien no carecen de capacidad descriptiva y de observación, tampoco rehúyen de los tópicos de la propaganda republicana, al menos en dos de ellos hace referencia directa a Extremadura: *Los evadidos del infierno fascista*, y *En el frente de Extremadura*. En este último cuenta:

«... En uno de los puentes de Medellín sobre el Guadiana hay un grupo de dinamiteros. Entre ellos sobresale uno por su edad y su gesto. Manda una sección de mineros y barreneros lanza-bombas. Medellín no se verá en peligro por la parte que a él le corresponde defender. Es un hombre curtido, endurecido a través de su vida de minero y a través de nueve meses de guerra y muerte. Dos hijos suyos han sido asesinados y una hija de veinte años. A su lado tiene otro hijo, dos veces heridos y mil veces decidido a morir vengando los crímenes cometidos con sus hermanos.

—Por mi lado no pasan. Aquí los espero. Si no me queda otro remedio, mataré a este hijo que me queda, me mataré yo, y nuestros dos cuerpos podrán servir de parapetos a los compañeros»

Concluye el texto diciendo: «Atención a Extremadura: En los frentes de Extremadura, en su corazón, hay un material humano, combativo, insuperable. Es preciso aprovecharlo en toda su heroica extensión para que dé plenamente su fruto».

Es de suponer que Miguel, al margen de esta frenética labor, se encontrase casi feliz en Extremadura, luchaba por un ideal que él sentía como suyo y estaba aún convencido de la victoria republicana, realizaba además una labor cultural entre disparos que le motivaba y, además, y sobre todo, estaba recién casado y conocía ya el embarazo de su mujer, que nunca, por adversas que fueran las circunstancias, dejaría de ser el mayor motivo de su poesía. Recién llegado a Extremadura acaba de publicar el poema *Canción del esposo soldado*, en el que proclama

al cielo su ilusión por lo que posteriormente se convertirá en sus tres famosas heridas: el amor, la vida del hijo que va a nacer y desde ahora también constante cauce de sus versos, y la guerra o la muerte.

*«He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo,
y espero sobre el surco como el arado espera;
he llegado hasta el fondo.*

*Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.*

*Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.*

*Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos».*

En las primeras cartas desde Extremadura Miguel disuade a su esposa de que se desplace a Castuera porque según le dice: «Está más próximo a los frentes que Jaén, la aviación fascista viene a diario a bombardear y si no los peligros los sustos no te los va a quitar nadie y tú ya no puedes asustarte ni exponerte a nada». Parece descartarse, sin embargo, que durante el período extremeño, Miguel entrara en algún momento en combate, por lo que es de suponer que no corrió grandes riesgos, además su nuevo estado de futuro padre le hace ser más precavido ya que ahora hay un ser más amarrado a su sangre.

Por las cartas que Miguel Hernández manda a su mujer conocemos que se alojaba en un cortijo, con una alberca cercana y en la que al bañarse con el reloj que le regaló Vicente Aleixandre, y que por cierto fue el único regalo que recibió por su boda, se le cayó el cristal del mismo sin que se diera cuenta, por lo demás en esas cartas se hacen referencias a temas cotidianos (que si se ha cortado el pelo, que si no le

va a gustar, que si duerme bajo una higuera...) pero en ningún momento hace referencia a ningún detalle de sus actividades guerreras, sin duda por motivos de seguridad. El día 19 de junio manda Miguel su última carta desde Castuera, la siguiente carta que mandará a su esposa tendrá fecha de 2 de julio y la mandará ya desde Valencia.

FINAL

A partir de aquí la historia ya no me corresponde, vendrá la derrota y el desencanto, la pérdida del hijo, y las cárceles alargándose hasta el umbral de su propia muerte.

Pero al margen de olvidos obligados y censuras, la verdadera poesía prende y contagia. Y en Extremadura, tierra durante tiempo de desigualdades, aparecieron poetas en los que, como el ya fallecido Luis Álvarez Lencero, se hará patente el influjo de Miguel Hernández al enfocar el compromiso social o la rebeldía. La huella de Miguel Hernández, el pastor, con ademanes de trueno y mirada de llanto, el pastor con voz pura de convivir con las montañas, de altura de mirar a las palmeras, y de sangre libre de fluir entre las rejas del amor y la muerte.

ANTONIO JESÚS GONZÁLEZ PRADO

BIBLIOGRAFÍA

- Cano Ballesta, Juan, *La poesía de Miguel hernández*, Madrid, Gredos, 1978.
- Cernuda, Luis, *Miguel Hernández. Estudios sobre poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1957.
- El Urogallo *Extremadura*, Madrid, marzo 1992.
- Hugh, Thomas, *La guerra civil española*, editado por Diario 16.
- Ifach, María de Gracia, *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975.

Rovira, José Carlos, *Antología poética. El laborador de más aire*, Madrid, Taurus, 1990.

Sánchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992.

Sánchez Vidal, Agustín - Rovira, José Carlos - Alemany, Carmen, *Teatro. Prosas. Correspondencia*, Espasa Calpe, 1992.